

DISCURSO

PRONUNCIADO POR EL SEÑOR DON FERNANDO DE LA VEGA
EL 6 DE DICIEMBRE DE 1915, EN LA COLOCACIÓN DE
LA PRIMERA PIEDRA DEL MONUMENTO A DON PEDRO
DE HEREDIA, EN LA CIUDAD DE CARTAGENA

Ilustrísimo y Reverendísimo Señor Arzobispo; Señor Gobernador
del Departamento; señoras; señores:

Generosa y feliz iniciativa ha tenido la Junta organizadora de este Centenario, al fijar aquí la primera piedra del monumento que evocará a Cartagena de Indias la figura procera de su fundador.

Cartagena paga hoy, aunque tardíamente, una deuda de gratitud; tiempo hace que debió quedar realizada tan brillante idea, y a penas se explica uno que haya podido transcurrir tan dilatada sucesión de días, y hayan cruzado a la vista de esta ciudad heroica tantas generaciones, sin que a ninguna ocurriera el pensamiento laudable que ahora nos congrega en este sitio.

¿Cómo era posible que se hiciera aquí una excepción no erigiendo un monumento a Don Pedro de Heredia, el varón prudente y valeroso que desafió riesgos sin número, dictó las primeras sabias leyes a este pedazo de tierra, y veló por su engrandecimiento y bienestar?

Homenajes de esta índole son de los que honran al mismo que los tributa. Tiene este homenaje una significación más alta que la de reconocer las clarísimas virtudes de aquel a quien se dedica; y es—con una circunstancia más hermosa todavía—la de mostrar que no se ha extinguido en el alma de un pueblo el sentimiento nobilísimo de la gratitud.

El nombre de Don Pedro de Heredia suscita el recuerdo de la época más agitada de la edad moderna; provoca la imagen de la nación que ha ejercido una

influencia más eficaz en los destinos de Europa, y revive en toda su prístina grandeza la epopeya de la conquista americana.

Fue el siglo XVI fecundo en transformaciones sociales, al par que en conmociones políticas y disturbios de todo género. La conciencia humana recibe quebranto doloroso y despiadado con la obra de la Reforma; las luchas de Italia encienden el espíritu guerrero que ha de aquejar toda aquella centuria, y el quijotismo de una raza llega a su colmo con hazañas que no han encontrado todavía el cantor excelso que las magnifique. Siglo vehemente y soñador en que el ideal se apodera de las almas, haciéndolas vivir en un ambiente de legítimo alejamiento de los bienes terrenales; siglo también de acción honda y tenaz, para quien el reposo y la quietud semejaban algo así como la antesala de la muerte. Ofreció él en todas sus apariencias los contrastes más vivos en que pueda desenvolverse la actividad humana; y de este modo, al lado de un Hernán Cortés, de un Francisco Pizarro, cuyo ánimo consideraba aún estrecho el mundo para dominarlo, alentó la Santa de la orden carmelitana y floreció la existencia blanquísima de San Juan de la Cruz. Y decimos que en las apariencias podían contrastar estos espíritus con aquellos guerreros connotados, porque en el fondo el temple del alma era el mismo; sólo que en los primeros la fuerza del calor interno tendía a dilatarse terrenalmente, en tanto que en los últimos la misma intensidad del fuego, apresada, sometida a no vaciarse en la turquesa humana, buscaba como válvula de escape el amor del Sér Supremo, y se iba por las regiones altísimas e ignotas del misterio.

Esa fue la idiosincracia de aquella época. No ha presenciado la historia en su complejo desarrollo otro carácter como aquel, ni siquiera análogo; de ahí brotó el ánimo brioso y entero que debía sujetar el suelo

italiano, mantener enhiesta en las landas flamencas la antorcha de la fe cristiana y herir al Turco altanero en mitad del corazón.

Pero ni las guerras de Italia, en que el valor y la pericia militar, la serenidad y constancia españolas, se concretan y personifican en Gonzalo de Córdoba; ni la dureza heroica del duque de Alba ayentando la semilla luterana de los Países Bajos; ni, finalmente, la aureola caballeresca que circunda la frente de don Juan de Austria en los instantes mismos en que hunde en las aguas de Lepanto el poderío oriental, igualan, son comparables siquiera, a esta hazaña prodigiosa que todos conocemos con el nombre de conquista de América. Ocurre algo extraordinario en la apreciación de este suceso histórico; algo distinto de lo que sucede con la generalidad de ellos. El tiempo en su carrera infatigable consume al cabo el brillo de los actos ejecutados por el hombre; y no es tanto que esos actos sufran el desgaste natural, cuanto que otros posteriores vienen a hacerlos palidecer y ensombrecerlos. Hace una centuria, seguramente, entre el fragor de las batallas napoleónicas, se hubiera hablado con cierto desdén de la guerra de los Cien Años, al establecerse un paralelo entre las armas que cargaban los caballeros de la Edad media y las que usaban los soldados de Jena y Austerlitz. Hoy sonreímos con alguna ironía cuando recordamos los elementos bélicos de ahora un siglo y los parangonamos con los que en estos momentos causan en el viejo mundo el pasmo y la desolación. Pues bien: para la conquista de América el tiempo no corre sino para agigantarla; crece el asombro por los actores de ese drama a medida que pasan los años y se aprecia mejor la grandeza de aquel empeño sobrehumano.

Venían los conquistadores con el alma plena de entusiasmos a cortejar la muerte en estas selvas vír-

genes, a rodearse de los más graves peligros y asechanzas, entre los cuales no resultaba menor el clima ardoroso y asfixiante y las fieras que se paseaban orgullosas en la extensión dilatada. Tan grande era la aventura, tales proporciones ostentaba, que los que caían en la tentación de acogerla, se despedían de sus familias con la creencia casi de no volverlas a ver, y el adiós de un momento alcanzaba frecuentemente a toda la eternidad.

Cómo no admirar el temple de aquellos hombres que así se abandonaban en brazos de un azar tan inútil para ellos como riesgoso? Muchas veces el hambre y la sed marcaron un surco horrible en aquellas gentes heroicas, y el frío y las alimañas desgarraron con deleite las carnes de esos audaces aventureros.

A inmensa distancia del mundo civilizado, acrecida en ese tiempo por la escasez o absoluta ausencia de elementos de comunicación, los hijos de la Madre Patria se vieron cara a cara en estas vastas soledades con una naturaleza inclemente y sañuda, que no mostró jamás un halago generoso, y se complacía más bien en contrariar la obra de la civilización.

Las tribus salvajes habitadoras de este continente oponían firme resistencia a los soldados de la monarquía; por todos lados encontraban estos la hostilidad y la guerra, la necesidad imperiosa de batirse o sucumbir.

Sin embargo, esta empresa que hoy pone asombro en nuestro ánimo y nos lleva a admirar como seres superiores a aquellos que la ejecutaron, no ha sido justamente apreciada y comprendida. Ha habido marcado y especial intento, por parte de escritores extranjeros, en desacreditar la acción de España en el nuevo mundo. Ha querido borrarse la grandeza de aquel glorioso alarde de energía y de bravura con la adulteración de los hechos y la interpretación torcida. El cargo

más infamante que se formula contra la conquista es el de crueldad. Y parece mentira que se haya podido admitir en serio semejante tacha, cuando todos sabemos que nunca han sido distintivo de las conquistas, ni de la guerra siquiera, la blandura y el perdón. Y no se medita tampoco que en muchas ocasiones actos crueles de los peninsulares tuvieron como causa inmediata el mismo instinto de conservar la vida; y no encontrando otro medio más seguro para ello, se apercebían a arrancársela al contrario.

Ni fue sólo la codicia lo que animó la voluntad de aquellos jefes expedicionarios, como se ha dicho en todos los tonos por historiadores suspicaces; y testimonio elocuente de este aserto nuestro ha dado la crítica histórica moderna, que ha esclarecido puntos enantes dudosos y establecida la verdad sólida en el caos de versiones injuriosas, lanzadas contra la gloria y dignidad de un pueblo. Acuden a mi mente en este instante, entre muchos que pudiera aducir, dos ejemplos de gran relieve: don Pedro de Valdivia, conquistador de Chile, y el heroico Robledo, conquistador de Antioquia. Documentos recientemente exhibidos afirman el desinterés y la abnegación de aquellos dos bravos españoles. De Robledo se conoce su espíritu ecuánime y bondadoso, su índole franca y generosa; y del gran Valdivia es cosa bien sabida que poseía un haber valioso en la península; de suerte que su venida al nuevo continente obedeció al sentimiento de amor a la patria de llevar triunfante el escudo de Castilla a remotos climas y dilatadas zonas.

Fueron varias las causas generadoras de la venida de los españoles a América: fue el ánimo fogoso de la raza, encendido por siete siglos de lucha con la morisma; fue el espíritu aventurero, el sueño de gloria; fue la necesidad de dar salida a las energías nacionales lo que determinó (mucho más que el interés

bastardo o la baja codicia) aquella afluencia migratoria de la Madre Patria hacia la virgen tierra americana.

Pero sería injusticia notoria, al hablar de la conquista, prescindir de cierta clase de conquistadores que no esgrimieron nunca la lanza cruel ni hicieron estallar jamás el tremendo arcabuz; sus armas, en cambio, eran la persuasión y la dulzura; su coraza, la fe, y su ideal firme la salvación de las almas. Es, en efecto, el misionero católico quien desempeña el papel más noble y delicado de este sangriento drama; los riesgos a que se expone son innumerables, y se agravan con la circunstancia de no ir apercebido a la defensa. Ve el misionero, de frente y a cada instante, la silueta impalpable de la muerte; pero no tiembla su pecho de miedo ante las asechanzas que le tiende la adversidad, porque su mirada está fija en una región más alta e iluminan su espíritu resplandores de una vida inmortal. El enseña a balbucir al indio las primeras frases de amor a sus semejantes, en nombre de una religión sagrada; él cobija con su ternura a los salvajes mientras viven; él por último, cuando se acerca la hora postrera, refresca el corazón del moribundo con el rocío de una esperanza divina.

De aquellos conquistadores que en el siglo diez y seis llegaron a las costas del Nuevo Mundo, hubo uno que se distinguió sobremanera por la variedad de sus facultades, la generosidad de su carácter y la simpatía que irradiaba en torno suyo. Este se llamó don Pedro de Heredia. Intrépido como Cortés, abnegado como Valdivia, tenaz en sus designios como Pizarro, añadió a esas cualidades la ventaja de una instrucción esmerada, y tuvo como ninguno el superior sentido administrativo.

Las crónicas de aquella época lo dibujan en su mocedad bullicioso, galante y pendenciero. Muchas veces le alumbró el alba al pie de la reja en coloquios con

la dama enamorada, y otras tantas tiró del acero damasquino para entrar en riesgoso desafío. Y cuentan los anales de su vida que en esos torneos de valor sufrió serio accidente en el rostro, que vino a ser más tarde como un pregonero de su osadía caballeresca.

Arriba don Pedro de Heredia a estas playas, y en nombre de Carlos V, Emperador, con ostentación del yelmo altanero que cobija la soberbia cabeza, y luciendo el estandarte invicto de Castilla, echa los cimientos de esta ciudad heroica.

Pero no se detiene Heredia a descansar en el suelo que acaba de ungir con el bautismo de la fe cristiana, y en breve se apresta a realizar la más grande de sus expediciones. Recorre el Sinú en cortos días, aprecia las riquezas de aquella región privilegiada, y torra a Cartagena de Indias.

Aquí ostenta él dotes de severo hacendista, de político hábil y discreto, de gobernante prudente y conciliador, que no logran salvarlo de la maledicencia humana, y tras un proceso inicuo, víctima de las más deshonrosas imputaciones, es conducido a la Península en calidad de reo. Hácele justicia la corona, y vuelve a su primitiva fundación con nuevos títulos de su Rey y es entonces cuando uno de sus tenientes descubre la hermosa tierra antioqueña, que poco después recibe la honra de su visita y el beneficio de su gobierno.

No se ha extinguido la memoria de sus claros hechos en la villa que él fundara con su esfuerzo y engrandeciera con su constancia. Y esta manifestación lucida en que descuellan damas insignes por su belleza y su virtud, en una forma singular lo está demostrando así.

Bien escogido está el sitio en que debe levantarse la figura gallarda de don Pedro de Heredia; aquí, fuera de los muros de la ciudad redentora, actuará él como avanzado centinela, y celoso guardián de nuestras glo-



rias. Simbolizará también—por manera elocuente y definitiva—el abrazo que ha de unir a Cartagena de Indias con la Madre España. Será así mismo un constante inspirador nuestro en los momentos de vacilación y de tristeza; y como exponente genuino de una raza excelsa, nos alentará con sus arreos de lucha a la conquista de un venturoso porvenir.

ACTOS OFICIALES

I

Renuncia de tres inspectores

Manizales, enero 23 de 1916.

Señor Rector del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario.

Bogotá.

Habiendo terminado mis estudios de jurisprudencia en ese venerable claustro, presento a V. S. formal renuncia del cargo de inspector con que V. S. tuvo a bien distinguirme en el año pasado.

Crea V. S. que siempre recordaré con intenso cariño los días que tuve el honor de pasar en el Colegio, y que será la mayor satisfacción de vida el saber que fui y que continúo siendo hijo amantísimo del glorioso instituto de Fray Cristóbal de Torres.

Renuevo a V. S. el testimonio de mi sincera adhesión y mi acendrado aprecio, y me repito su respetuoso discípulo.

EMILIO ARIAS MEJÍA